

## El sueño del premio Nobel, somnolencia de algunos lectores

Ignacio Carrión

Mientras avanzaba a duras penas en la lectura de la novela de Mario Vargas Llosa, Wikileaks filtraba un día tras otro a la Prensa los apasionantes documentos secretos del Departamento de Estado norteamericano. El perfil del héroe de *El sueño del celta*, un irlandés anticolonialista llamado Roger Casement (1864-1916), se desdibujaba frente al protagonista, también real, y también antiimperialista, responsable de las filtraciones de Wikileaks, un joven australiano llamado Julian Assange, cuyo desafío a los poderosos alcanzaba una inédita repercusión planetaria. Aun sin proponérmelo establecí una comparación imaginaria entre un individuo y otro. Por una parte, la biografía novelada de Roger Casement, perseguido, acusado, encarcelado y finalmente ejecutado por alta traición en el Reino Unido, daba cuenta de la difícil misión confiada al cónsul de la Corona Británica en el Congo, colonia explotada sin escrúpulos y con mano de hierro bajo el monarca Leopoldo de Bélgica. Y su resultado fue un informe de enorme trascendencia.<sup>1</sup>

Por otra, la no menos arriesgada labor dirigida por el australiano Julian Assange y un reducido grupo de *hackers* que burlaba todos los obstáculos y controles cibernéticos para izar en la red, como si fuera una bandera libertaria, miles de documentos secretos del Imperio Americano.

¿No se podían leer estos dos informes, simultáneamente, con la misma intriga, indignación y agradecimiento?

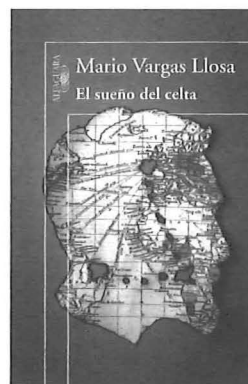
El informe Casement, da cuerpo a la primera parte de la novela de Vargas Llosa y es tan estremecedor por sus descripciones y su rigor expositivo que poco ha de poner el escritor peruano de su propia cosecha para espantar más a los lectores. Las inhumanas condiciones de trabajo de los indígenas, obligados a extraer un cupo elevado de caucho so pena de toda clase de castigos (amputaciones de manos, brazos

o pies de los esclavos, incluyendo los niños, así como ejecuciones *in situ*), fueron denunciadas por el cónsul Roger Casement tal como se le había encomendado. Gracias al escándalo que levantó en Inglaterra y en Bélgica, las condiciones de explotación se suavizaron poco a poco.

Años después de esta primera misión, que mereció un título de nobleza de Su Majestad Británica, Roger Casement se embarcó en otra no menos

complicada y dolorosa. La describirá Vargas Llosa, con pelos y señales, en la segunda parte de la novela.

Pero antes de que el novelista peruano dedicara su esfuerzo a escribir *El sueño del celta*, el escritor alemán W.G. Sebald en su libro imprescindible titulado *Los anillos de Saturno*<sup>2</sup> se ocupó en el verano de 1994 de estudiar al personaje en cuestión. Lo hizo al ver un reportaje de la BBC en una de sus etapas de peregrinación por Inglaterra. Al llegar a un hotel tomó asiento en una butaca y, casualmente, empezó el documental pero W.G. Sebald, fatigado del viaje, se quedó dormido. Al despertar horas más tarde recordaba vagamente algunas cosas de Casement que lo intriguaron. Y, como suele hacer en su narrativa sinuosa y paciente, investigó la vida del irlandés y la resumió a la perfección en 33 páginas de este libro. Nos cuenta que después del Congo sería enviado a Suramérica, donde descubrió «en las zonas selváticas del Perú, Colombia y



Mario Vargas Llosa  
*El sueño del celta*,  
Madrid, Alfaguara, 2010, 464 págs.

2. W.G. Sebald, *Los anillos de Saturno*, Barcelona, Anagrama, 2000, págs. 113-143.

1. Informe general del Sr. Casement al marqués de Lansdowne, en *La Tragedia del Congo*, Barcelona, Ediciones del Viento, 2010.

Brasil condiciones que en muchos aspectos se asemejaban a aquellas del Congo, sólo que no eran sociedades mercantiles belgas las que estaban operando aquí, sino la Amazon Company, cuya administración central tenía su sede en la City londinense. También en Suramérica –añade W.G. Sebald– se exterminaron en aquel tiempo tribus enteras y regiones enteras quedaron reducidas a cenizas».

W.G. Sebald resalta que Casement mantuvo firme su determinación de «no trasladarse al lado del poder, muy al contrario le preocupaban cada vez más la naturaleza y el origen de este poder y la mentalidad imperialista que había nacido de ella». El malogrado autor alemán (falleció en accidente de tráfico en diciembre de 2001) evitó dar pinceladas literarias al perfil del rebelde Casement. De ello se ocuparía quince años más tarde Vargas Llosa. Pero nos cuenta en su apunte biográfico que Casement, consecuente con esta línea de no ponerse al lado del poder, era lógico «que acabara dando con la cuestión irlandesa, es decir, con su propia cuestión (...)» Y cuando la *cuestión* irlandesa se agravó en los años anteriores a la primera guerra mundial «Casement comenzó a hacer suya la causa de *los indios blancos de Irlanda*. (...) El hecho de que la mitad de la población irlandesa fuera asesinada por los soldados de Cromwell, de que más tarde miles de hombres y de mujeres fueran enviados como esclavos blancos a las islas de la Indias Occidentales, de que en lo venidero más de un millón de irlandeses muriesen de hambre, y el hecho de que una gran parte de todas las generaciones que retoñaban en años posteriores estuviera obligada a emigrar de la patria, no se le iba de la cabeza».

La vida de Roger Casement se divide, como la novela de Vargas Llosa, en tres capítulos: el dedicado al Congo, el que cubre su estancia en la Amazonía y, finalmente, el que (con escapadas a los Estados Unidos

y Europa) desemboca en Irlanda donde el héroe se adhiere al *Sinn Fein* y, regresa a su patria nada menos que en un submarino alemán. «Tenía 51 años. Estaba agitado. Y su detención fue inminente», puntualiza W.G. Sebald. Cuando fue sofocada la sublevación de Pascua, «Casement ya estaba recluido en una celda de la Torre de Londres».

La celda y los restantes escenarios se alternan, ordenadamente, en el relato de la novela de Vargas Llosa. El presente está encerrado en prisión donde el reo recuerda su vida y se prepara para afrontar su muerte. El pasado está en los escenarios a los que el novelista nos traslada con esa facilidad y brillantez que Vargas Llosa ha demostrado (fruto no solo de su imaginación sino también de sus viajes a los puntos donde transcurre la acción).

Vemos cómo la Corona inglesa hizo cuanto pudo para incriminar al subversivo e incómodo Casement hasta llegar a declararlo traidor.

W.G. Sebald revela que «para impedir cualquier recurso de gracia eventual por parte influyente se transmitieron al rey inglés, al presidente de los Estados Unidos y al Papa extractos del llamado *diario negro* hallado durante un registro de la vivienda de Casement, que contiene un tipo de crónica de las relaciones homosexuales del acusado». Y en el libro del alemán se reproducen unas páginas de ese diario.

Hasta 1994 no fue levantado el embargo que pesaba sobre estos escritos y se probó entonces que eran auténticos y que la caligrafía correspondía al mismo Casement.

La ejecución se llevó a cabo pese a las numerosas peticiones de clemencia, a las que inexplicablemente no se sumó el escritor y buen amigo de Casement Joseph Conrad. Ambos compartieron ideas y experiencias en sus viajes. Pero Conrad se negó a pedir clemencia para un traidor, fuera o no amigo suyo.

Es recomendable leer con atención las 33 páginas que W.G. Sebald dedica a Casement en *Los anillos de Saturno* donde simplifica y ordena con sobriedad la oscura y enmarañada biografía de Casement. Esta lectura aligera notablemente la que el lector haga de la novela de Vargas Llosa, sobre todo cuando tiene que afrontar páginas farragosas que no encajan con la esperada soltura en la ficción y, sin embargo, no satisfacen cabalmente como trabajo histórico.

Volviendo al paralelismo (un ejercicio de imaginación) entre Roger y Julian Assange, ahora en prisión –y también en el Reino Unido– podríamos decir que los diarios negros de Casement equivalen a una prueba de las acusaciones de delitos sexuales que pesan ahora mismo sobre Julian Assange. En un caso y otro el propósito último es deshonar a los traidores. Un recurso bastante habitual de los gobiernos mas poderosos que, como en el caso de los EE.UU., han visto expuestos al mundo sus trapicheos y malas prácticas diplomáticas. Los dos fueron acusados de violación. Y en el caso de Julian Assange su violación es doble (sexual pero también de secretos de Estado).

¿No es altamente peligroso para los estados que postulan transparencia y respeto a la democracia un individuo capaz de desvelar lo que a toda costa quieren ocultar a los gobernados?

Sólo la ingenuidad de un lector conocedor de la obra del premio Nobel de Literatura 2010 puede llevarlo a imaginar que en su extenso y solemne discurso en Suecia, Mario Vargas Llosa (un ferviente anti-colonialista) mencionara en algún momento a Julian Assange. Mostrarse políticamente incorrecto no encaja en el hombre público y escritor galardonado.

Si Vargas Llosa no aludió al caso de Assange en Suecia, país que ahora lo reclama, en el epílogo de su novela sostiene res-

pecto a Casement que «nunca cesó ni probablemente cesará la controversia sobre los llamados *Black Diaries*. ¿Existieron de verdad y Roger Casement los escribió de puño y letra con todas sus obscenidades pestilentes, o fueron falsificados por los servicios secretos británicos para ejecutar también moral y políticamente a su antiguo diplomático, a fin de hacer un escarmiento ejemplar y disuadir a potenciales traidores? (...) No está mal –añade el novelista– que ronde siempre un clima de incertidumbre en torno a Roger Casement, como prueba de que es imposible llegar a conocer de manera definitiva a un ser humano, totalidad que se escurre siempre de todas las redes teóricas y racionales que tratan de capturarla. Mi propia impresión –la de un novelista, claro está– es que Roger Casement escribió los famosos diarios pero no los vivió, no por lo menos integralmente, que hay en ellos mucho de exageración y ficción, que escribió ciertas cosas porque hubiera querido pero no pudo vivirlas» (*El sueño del celta*, pág. 499).

Cuando en cierta ocasión, en los años 80, tuve oportunidad de conocer al escritor peruano y mantuve algunos encuentros con el autor de *Conversación en La Catedral*, encuentros de los que dejé constancia en mis diarios<sup>3</sup> le pregunté si él mismo llevaba un diario, como tantos escritores llevan. Su respuesta fue un rotundo no. No lo llevaba, y nunca lo había llevado, dijo, porque el diario además de restar tiempo para escribir novelas, ensayos y artículos no favorece la inspiración y debilita la capacidad creativa. Pensé, naturalmente, en Kafka, Flaubert (sus cartas) y en un sinfín de autores que admiro. Pero luego entendí que un diario que va más allá de un registro cronológico de nimiedades puede abordarse a modo de autoanálisis. En el supuesto de Vargas Llosa tampoco parecía fascinarle ir un paso más allá: entrar de lleno en el psicoanálisis.

3. Ignacio Carrión, *La hierba crece despacio*, Diarios, Madrid, Edaf, 2007.

En un reciente reportaje firmado por Juan Cruz (*El País*, Babelia, 4 diciembre 2010), el periodista recoge algunas confidencias de Vargas Llosa y de su agente literaria Carmen Balcells. Una de ellas viene como anillo al dedo: «la Balcells le reprochó alguna vez (a Vargas Llosa) que no supiera psicoanálisis (...) Se metió en él, pero salió con esta opinión: dirán lo que quieran, pero creo que el gran valor de Freud es más literario que científico. La idea de terapia no la creo. Creo que es una ficción que ha tenido un enorme arraigo, sobre todo en el mundo intelectual, pero desde luego yo no me sometería jamás a un psicoanálisis».

Tal vez esto explica la doble resistencia del escritor a llevar un Diario (como autoanálisis permanente) y a someterse a un análisis freudiano cuando asume que es «imposible llegar a conocer de manera definitiva a un ser humano, totalidad que se escurre siempre de todas las redes teóricas y racionales».

En cambio, en su discurso de Estocolmo pronunciado el pasado 7 de diciembre, el Nobel se recrea recordando su infancia, «un paraíso que gocé en la gran casa familiar (...) en esos años escribir fue jugar un juego que me celebraba la familia, una gracia que me merecía aplausos, a mí, el nieto, el sobrino, el hijo *sin* papá, porque mi padre había muerto y estaba en el cielo. Era un señor alto y buen mozo, de uniforme de marino, cuya foto engalanaba mi velador y a la que yo rezaba y besaba antes de dormir. Una mañana piurana, de la que todavía creo no haberme recobrado, mi madre me reveló que aquél caballero, en verdad, estaba vivo. Y que ese mismo día nos iríamos a vivir con él, a Lima. Yo tenía once años y, desde entonces, todo cambió. Perdí la inocencia y descubrí la soledad, la autoridad, la vida adulta y el miedo».

Vargas Llosa explica que su salvación (quizá de un padre que tan pronto ha

muerto como resucita, y no para colmarlo de felicidad) fue leer y refugiarse «en esos mundos donde vivir era *exaltante*». La literatura «dejó de ser un juego» para convertirse en «una manera de resistir la adversidad, de protestar, de rebelarme, de escapar a lo intolerable, mi razón de vivir».

Fue un discurso emotivo. Una especie de memoria sentimental y agradecida dedicada a sus allegados, la esposa, el recuerdo de la madre, su maternal agente literaria, los escritores que le enseñaron el camino a seguir, su devoción casi religiosa por Karl Popper, así como una oportunidad para exponer la evolución de sus ideas políticas, de su actual e inquebrantable fe ultraliberal, sin resquicios, por mucho que la implantación extrema de ese credo nos haya llevado al desastre económico y financiero en el que nos encontramos sumidos actualmente. También hizo una llamada al fin del colonialismo y, en línea con su personaje Casement, se declaró contra la opresión y explotación de los más débiles.

Cuando leí este discurso me vino a la memoria el de otro premio Nobel, Harold Pinter, a quien se le otorgó ya muy enfermo en 2005. Pero el dramaturgo inglés no desaprovechó la ocasión para denunciar con energía la ilegalidad de la guerra desatada por George Bush y secundada por sus secuaces, entre ellos el primer ministro británico Tony Blair, a quienes dedicó frases durísimas. Por supuesto el discurso de Pinter fue polémico. No provocó sollozos entre los asistentes, como el de Vargas Llosa en el que hasta el mismo premiado lloró sobre el atril. No fue sensiblero ni halagador para nadie. Fue un discurso memorable, un discurso histórico con el que cerraría sus declaraciones hasta su muerte, en diciembre de 2008.

En su libro titulado, *Contra la censura*<sup>4</sup> el también premio Nobel sudafricano J.M. Coetzee dedica página y media de

4. *Contra la censura*, J.M. Coetzee, Madrid, Debate 2007.

uno de sus ensayos *sobre la pasión de silenciar* a Mario Vargas Llosa. Es oportuno reproducirlo aquí:

«Si el Estado en situación desesperada sufre la paranoia, ¿no corre el escritor, en su papel de héroe de la resistencia que atiende implacablemente a la voz de su genio interior, un riesgo psíquico análogo?». Y añade: «Considérese la siguiente muestra de arrogancia de Mario Vargas Llosa:

“La insumisión congénita de la literatura es mucho más amplia de lo que creen quienes la consideran un simple instrumento para oponerse a gobiernos y estructuras sociales dominantes: ataca por igual a todo (lo que) significa dogma y exclusivismo lógico en la interpretación de la vida, es decir, tanto a las ortodoxias como a las heterodoxias ideológicas. Dicho de otro modo, *es una contradicción viviente, sistemática e inevitable de todo lo que existe*”.<sup>5</sup>

J.M. Coetzee añade que se toma la libertad de «interpretar que esta declaración que, aparentemente se hace en nombre de la literatura, en realidad se hace en nombre de los escritores como grupo profesional e incluso vocacional, y tanto contra el burócrata-censor a sueldo del tirano como contra el enemigo del tirano, en este caso las maquinaciones revolucionarias para alistar al escritor en el gran ejército de la revolución. En su actitud hacia el escritor, dice Vargas Llosa, el tirano y el revolucionario son más parecidos que distintos (...). La maniobra ejecutada en este texto por Vargas Llosa –a saber, desplazar su propia oposición a un terreno lógico situado un nivel por encima de la batalla política a ras de suelo– supone que el escritor ocupa una posición que simultáneamente se mantiene fuera de la política, rivaliza con la política y domina la política. Por su soberbia, esta pretensión resulta considerablemente marlowiana; por más que sea de manera involuntaria, sugiere que el riesgo que corre el escritor como héroe es el riesgo de la megalomanía».

La novela *El sueño del celta* no aporta elementos innovadores a la técnica narrativa o al lenguaje al que nos tiene acostumbrados Vargas Llosa. Su originalidad, si acaso, hemos de encontrarla en el esfuerzo muy estimable que el escritor realiza en el manejo de una documentación que en momentos lo desborda y debe amenizar con los recursos y artificios propios de la ficción. No siempre lo consigue con el mismo acierto. La alternancia de los tiempos y espacios (la celda, leyendo el Kempis; el mundo exterior, contando atrocidades) ni siquiera crean una atmósfera claustrofóbica en esa espera anunciada de una muerte por ahorcamiento.

La trepidación narrativa y hasta el suspense que tuvimos en *La fiesta del Chivo*<sup>6</sup> se ha esfumado aquí. La reiteración innecesaria e infantil de diminutivos rebaja el efecto dramático de muchas descripciones. Merece la pena contabilizar ese exceso por el que se deja se deja llevar Vargas Llosa al incurrir en redundancias como que la «*casita es diminuta*» (pág. 383), o «una *pequeña placita* que mira al mar» (pág. 450), como si una *placita* pudiera ser al mismo tiempo grande sin dejar de ser *placita*.

Cuando afrontamos la ejecución del héroe no nos conmueve porque el personaje mismo no ha despertado nuestra simpatía, ni nuestra compasión. Su conversión religiosa, en la que no profundiza, nos deja fríos. Y su ahorcamiento, aun contado con maestría y brevedad, difícilmente emocionará a unos lectores ya fatigados no solo por la extensión del relato cuyo fin es de sobra conocido, sino también por la abundancia de reportajes, películas y novelas en las que ya nos hemos acostumbrado a estar en el corredor de la muerte. ■

5. Idem. Cit. Mario Vargas Llosa, *The Writer in Latin America*, en George Theiner, ed., *They Shoot Writers, Don't They?*

6. Mario Vargas Llosa, *La fiesta del Chivo*, Madrid, Alfaguara 2000.